



hasta los 48° de latitud N. y concluir en el sitio donde el Don y Volga se acercan más uno á otro. Sin embargo, la lengua de los sármatas era un dialecto derivado de la de los escitas, y esta nación, según la tradición fabulosa, debería su origen á una mezcla de escitas y amazonas.

Por cima de los sármatas residía un pueblo muy notable, los budinos (1).

Su país estaba poblado de espesos bosques. Estos habitantes eran muy numerosos y tenían ojos azules y cabellos rojos. Se observaba en su país una ciudad cuyas murallas, casas y templos eran de madera. Cada uno de sus lados tenía 30 estadios de longitud. Los habitantes de esta ciudad, los gelones, en su mayoría griegos de origen, se habían retirado de las ciudades comerciales de la costa y hablaban un lenguaje mezcla del escita y del griego.

Los budinos, por el contrario, tenían un idioma propio y un género de vida particular; eran nómadas y vivían de la caza, mientras que los gelones cultivaban la tierra y se alimentaban de sus frutos. También diferían entre sí por el color. Es cierto que los griegos daban algunas veces á los budinos el nombre de gelones; pero era porque confundían estas dos naciones.

De modo que el país de los budinos comenzaba donde terminaba la llanura de los sármatas, es decir, en el gobierno de Saratof; pero Herodoto no dice hasta dónde se extendía de N. á E.; puede suponerse que sería muy vasto, puesto que Herodoto da á los budinos los epítetos de grandes y poderosos; y si solo se admitiera que igualase en extensión al de los sármatas, tendría que ocupar los gobiernos actuales de Pensa, de Simbirsk, de Kasan, y aun quizás una parte del de Perm, é iría á terminar en las cercanías de la rama meridional del Ural.

Se sabe que estas provincias están todavía hoy erizadas de bosques y montañas, grandes depósitos de la arquitectura naval de los rusos; esto concuerda perfectamente con lo que dice Herodoto que los budinos habitaban espesos

(1) Herodoto, IV, 108.

bosques, que no estaban entonces tan entresacados como ahora. Ya no se encuentra el lago de que habla este historiador; pero es necesario advertir que le describe como una especie de pantano, y ya veremos después que en el lugar donde existía se encuentran hoy terrenos encharcados, que recibiendo una cantidad de aguas en ciertas épocas, trasforman el país en un inmenso lago; esto puede servirnos al mismo tiempo de poderoso auxiliar para emitir nuestra opinión sobre los establecimientos de los griegos en aquellos lugares, y sobre las causas que les llevaron allí. La extremidad septentrional del país de los budinos (1), está contigua á un desierto, cuya longitud es de siete jornadas. Pasando este desierto y dirigiéndose hácia Oriente, se encuentran los tisagetas, pueblo numeroso, independiente y que vive de la caza. En el mismo país, y al lado de los tisagetas, habita otro pueblo, los jircas, que llevan el mismo género de vida. Acechan la caza trepando por los árboles, ó persiguiéndola con caballos y perros. Estos caballos están enseñados á echarse á tierra sobre el vientre para aparecer así más pequeños. Al E. de este pueblo, reside todavía una colonia de escitas emigrados (*Scythæ exules*) venidos del país de los escitas reales.

Por consiguiente, fijamos el límite septentrional de los budinos en los 54° de latitud, y si agregamos el desierto de siete jornadas, ó sea de cincuenta y cinco leguas, llegamos al gobierno de Wiatka, hácia los 50° de latitud. Volviendo después al E., como para visitar los tisagetas y los jircos, el país donde se penetra no puede ser otro que el gobierno de Perm, próximo á los montes Urales. Herodoto asegura, en efecto, que este pueblo de los tisagetas era muy numeroso; podemos, pues, suponer nosotros que ocupaba todo el gobierno de Perm, y que se extendía aún más allá del lado del Septentrion. Por lo que respeta á los jircas, que según hemos visto ya, habitaban el mismo país, parece probable, siguiendo los cálculos de nuestro autor, que ocuparon la parte oriental, y que también estuvieron extendidos en las cercanías

(1) Herodoto, VI, 23.



de los montes Urales, y quizás hasta en el interior de estas montañas.

Herodoto (1) prosigue en estos términos: «A partir de la residencia de estos escitas, el país, que en otro tiempo estaba unido y era tan llano, se hace desigual y montañoso.» Estas indicaciones nos han de servir de guía para investigar la antigua morada de estos pueblos en la parte Occidental del monte Ural; y como que también se ha sostenido que los límites de su país se extendían hasta el pié de estas montañas, y aun quizás hasta su interior, podemos de aquí deducir que estaban contiguos á las fronteras de la Siberia (2).

El país montañoso y pedregoso que viene después, no podrá ser objeto de la menor disputa. Es la cordillera de los montes Urales, que partiendo del mar Caspio, se prolonga hasta el mar Glacial.

«Después de un largo trayecto en aquel montañoso país (3), se llega á un pueblo llamado de los argipeos, establecido al pié de las altas montañas. Estos tienen, hombres y mujeres, la cabeza calva desde su infancia, la nariz chata y grandes quijadas. Su traje es parecido al de los escitas; pero su idioma es diferente. Según datos fisiológicos de nuestro autor, no hay duda sobre el pueblo en cuestión: se reconoce fácilmente que son los calmuco, rama principal de la familia de los mongoles. Estos pueblos, según Herodoto, hacen su alimento ordinario con los frutos de un árbol llamado *prunivum*, que tiene el grueso de una higuera. El fruto de este árbol es semejante al de una haba envuelta en su cáscara. Desde que llega á su completo estado de madurez, le ponen en sacos, de los cuales destila un líquido negro y espeso que llaman *aschy*, y que unas veces toman solo y otras mezclado con leche. Con el residuo amasado hacen excelentes bollos. Este fruto es probablemente la guinda (*prunus padus*, L.), de que se alimentan los calmuco aun hoy, casi de la misma suerte; ha-

(1) Herodoto, IV, 23.

(2) Gatterer, 1, c., pág. 128, hace derivar el nombre de jircas del río Irgis, que corre al Oriente del Ural y desemboca en el lago de Acsacal.

(3) Herodoto, 1, c.

cen cecer las bayas negras con leche, y luego lo echan en un colador y forman una masa espesa, que ellos llaman *moisun chat*. Un pedacito de esta masa desleída en agua, constituye una sopa alimenticia y de bastante buen gusto (1).

Las tiendas de estos pueblos eran entonces, como hoy, de fieltro blanco. Pero todavía no conocían el uso de los soportes de que hoy se valen (2). Las tendían en invierno sobre un árbol (3), y las recogían en verano para poder vivir al aire libre. La horda que Herodoto ha conocido, no parece que era de las más ricas; andaba errante con sus rebaños por los mismos países que hoy habita, y donde la falta de buenos pastos no le permitía criar gran número de ovejas.

«Hémos aquí ya llegados, continúa Herodoto, al término más apartado de los países que puede uno conocer, porque solamente hasta aquí es donde llegan las caravanas de los escitas y de los griegos que salen de las ciudades comerciales del Ponto. Nadie puede decir con certeza cuál es el país que se encuentra después de los argipeos; pues este pueblo está separado por una cordillera de altas montañas inaccesibles, que jamás se han traspuesto. Los argipeos, es verdad, pretenden que existen del lado allá de estas montañas hombres con piés de cabra, y más lejos aún, otros hombres que duermen seis meses del año. Pero todo esto no es más que una mera fábula, á la que no podemos dar ningún crédito.»

Estas inaccesibles montañas donde termina el país de los argipeos, no son sino la cordillera del Altai que limita la Siberia meridional, y que aparece aquí por vez primera en la historia; pero todavía sin nombre, lo mismo que el Ural. La tradición de los hombres de piés de cabra es uno de tantos cuentos que se

(1) Nemnich, *Diccionario poliglota de Historia natural*, s. v. *Prunus Padus*, L. Según Wassili Michailow (Riga, 1804), hacen también con este fruto una bebida embriagadora; Elphinston, pág. 471.

(2) Pallas, 1, c., I, pág. 111.

(3) Esto no es más que una mala inteligencia, que proviene probablemente de que esta clase de apoyos tenían la forma de árboles; pues sabemos que no hay árboles en el desierto.



han divulgado entre los habitantes de las comarcas lejanas, y muy especialmente de la Siberia. En cuanto á los hombres que duermen seis meses del año, se ha reconocido, no obstante, algun destello de verdad en esta fábula, puesto que se sabe que las comarcas polares tienen regularmente una noche de seis meses, alumbrada solamente por la luna y auroras boreales. Esto es lo que los antiguos ignoraban, y esta ignorancia justifica suficientemente la duda sospechada de Herodoto.

«El país situado al E. de los argipeos, prosigue el mismo historiador (1), está habitado, segun nos consta, por los isedones. Es costumbre en aquel pueblo, que cuando un hombre pierde á su padre, los parientes matan un determinado número de ovejas, mezclan la carne de estos animales con la carne picada del cadáver, y lo comen todo junto (2). Pero el cráneo del difunto se le limpia y dora, y es para ellos una especie de idolo, al que ofrecen todos los años sacrificios. Por lo demás, pasan por civilizados, y las mujeres entre ellos reinan lo mismo que los hombres.

Aunque el autor griego no nos da positivas noticias sobre las residencias de este pueblo nómada, no nos es difícil determinarlas. Comenzaban en el interior de la gran Mongolia,

(1) Herodoto, IV, 25.

(2) Por increíble que parezca esta costumbre, la encontramos, sin embargo, entre los Battas, en la isla de Sumatra. Estos insulares contaron al Dr. Leyden que comen con frecuencia á sus próximos parientes cuando se hacen viejos ó caen enfermos, y esto lo hacen, más que por satisfacer un gusto natural, por obedecer un precepto religioso. Cuando un hombre de aquel país se hace viejo y siente que se le debilitan sus fuerzas, obliga él mismo á sus parientes á que le coman en la estacion en que la sal está más barata. Se sube desde luego á un árbol, al rededor del cual se colocan sus hijos con sus más próximos parientes, y empiezan á sacudir el árbol á la vez que entonan la cancion: «Llegó la estacion en que el fruto está maduro, y es necesario echarle abajo.» Despues de esto, el anciano baja del árbol, sus parientes le matan y le comen en un solemne banquete. Bajo cualquier otro concepto, los Battas son considerados, lo mismo que los Isedones, como un pueblo civilizado. Leyden in *Asiat. Research*, IX, página 202. Es de observar que Herodoto (III, 99), refiere absolutamente lo mismo de otro pueblo de la India, los padcenos.

actual morada de los sánbares, y terminaban en la antigua Sérica, cuyos habitantes parece que fueron una rama (1). Los griegos habian conocido el nombre de este pueblo mucho antes que Herodoto, por un poema épico, que se atribuye á un tal Aristeo de Proconnesus (2).

Al Norte de los isedones se encuentran, segun lo que ellos mismos nos refieren, los hombres tuertos, llamados en lengua escítica arimaspes, y los grifos, guardianes del oro. Los escitas han aprendido este hecho de los isedones, y nosotros lo sabemos de los escitas.

Ya hemos hablado del país fabuloso de los grifos, y tambien probado que estaba situado más al Sur de las montañas que limitan la pequeña Bucaria. Pero como las montañas auríferas del Asia Oriental se extienden hácia el Norte lo mismo que al Sur, era natural que la tradicion que á él se referia se hiciera igualmente extensiva en una y otra direccion; y esta fábula de los arimaspes y de los grifos que guardaban el oro de una comarca situada al Norte de los isedones, contribuye tambien á robustecer la opinion que hemos emitido en nuestra introduccion, de que las minas de oro del Asia Meridional fueron conocidas desde la más remota antigüedad.

Vamos á seguir ahora á nuestro historiador en sus excursiones al Oriente del mar Caspio y del lago Aral; y aquí es donde, mejor que en el Norte, tendremos ocasion de admirar sus conocimientos geográficos. Ninguno de los escritores posteriores, ni siquiera de los geógrafos modernos, ha tenido noticias tan exactas sobre las tribus nómadas de estas comarcas. La mayor parte de estas tribus estaban concentradas en la gran Bucaria; en vano trataríamos de fijar la posicion del domicilio de cada una de

(1) Ptolomeo coloca los isedones en la Serica.

(2) Este poema, titulado *Arimaspea*, contenia las más antiguas tradiciones del Oriente y Norte del mundo antiguo. El poeta pretendia haber viajado entre los isedones, divulgando por cuenta suya una multitud de fábulas (Herodoto, IV, 13, 15). Vivía cerca de 200 años antes que Herodoto, y se ve, por lo que este refiere del poeta épico, á qué tiempos debe remontarse el comercio de las colonias griegas del Ponto-Euxino con el Asia Oriental.



ellas, que debió cambiar más de una vez en las vicisitudes de su vida errante; pero no por esto se expone uno á confundirlas, puesto que se las conoce ya por la lista de los pueblos tributarios de Dario, y se sabe que se presentaron con sus armas y sus trajes en el grande ejército de Jerjes.

Las inmensas llanuras de la gran Bucaria ó de la Tartaria, al E. del mar Caspio, fueron en todo tiempo la residencia favorita de los pueblos nómadas. Los unos eran atraídos á las plazas comerciales de aquel país, centro de produccion del Asia Meridional, por las necesidades que experimentaban, mientras que estas mismas producciones eran para los otros un incentivo que les estimulaba á la piratería. Pero, por lo demás, no parece que fueron jamás más numerosos que en tiempo de la dominacion de los persas, á cuyo servicio se ponian la mayor parte (1).

Sobre las márgenes del mar Caspio, y entre este mar y el lago Aral, andaban errantes las tribus de los caspios, de los pasicas, daritas y pantimetos. Los caspios (2) figuran en el ejército de Jerjes, con pieles por vestidos y con arcos hechos de una especie de junco, y un sable por arma. Los demás pueblos que acabamos de nombrar no aparecen en la expedicion de Jerjes; pero formaban parte de los tributarios de la Persia, segun se ve por la lista hecha en tiempo de Dario, en la que figuran inscritos al lado de los caspios.

El nombre de estos últimos no ha sufrido alteracion, y se les encuentra todavia establecidos, en una época más reciente, al Oeste y al Norte del mar Caspio.

Al Sur de estas tribus, en las llanuras de Khiwa, estaban diseminadas las viviendas de los chorasmios y de los thamaneos. Este nombre de chorasmios se vuelve á encontrar en todas las épocas de la Historia. Este pueblo, en sentir de Herodoto, establecido sobre el Aces, es decir, el Oxus (3); llevaba en el ejército de

(1) Fœrmichen, *Asia Herodotea difficiliora*, con las anotaciones de Gatterer; tratado ultimado por la Academia de Goettingue en 1794.

(2) Herodoto, VII, 86, III, 92.

(3) Se ha creído más de una vez que el Aces es

Jerjes el arco de Media y el traje bactriano. Los thamaneos habitaban sobre el mismo rio, y no son citados más que en la lista de los tributarios (1).

Tenian por vecinos á los mycios (2) y los utios, que son probablemente los mismos que los uzos de los tiempos modernos, conocidos como antepasados de los turcos. Estos dos pueblos usaban ropones por principal vestido, y como los chorasmios, se dedicaban á la agricultura, aunque más tarde sean contados en el número de los pueblos nómadas.

Al Norte de estos últimos, sobre el Jaxartes inferior, vivian los paricanios y los orthocorybantios. Los paricarnios, vestidos de pieles como los precedentes (3), llevaban arcos, fabricados en su propio país. Hemos visto ya, en Herodoto, otro pueblo de este nombre, citado en la lista de los tributarios; son los etiopes asiáticos (4); lo que podria hacer conjeturar que se avanzaba mucho más hácia el Sud que aquel de quien aquí se habla. Por lo que hace á los orthocorybantios, no se les ve figurar en la expedicion de Jerjes, y no son citados más que en la historia de las satrapías (5).

Vienen despues, al Este de estos últimos, en el interior de la gran Bucaria, las tribus de los gandarios, de los aparytas, dadicas y de los sattagidas. Los gandarios y los dadicas llevaban armas bactrianas (6). Los otros dos pueblos estaban comprendidos en la lista de los tributarios, pero no en el ejército de Jerjes (7).

Tales son las antiguas hordas nómadas que Herodoto conoció y describió fielmente. Despues de él, la mayor parte de ellas no se dan á conocer en la Historia, y algunas, como los caspios y los utios, se dirigieron más tarde á

el Oxus de los modernos; pero la opinion de Gatterer, que le toma por el Oxus, nos parece más probable. Gatterer, I, c., p. 19, en las notas.

(1) Herodoto, III, 93.

(2) *Ibid.*, III, 93, VII, 68.

(3) *Ibid.*, VII, 68, III, 92.

(4) *Ibid.*, III, 94.

(5) *Ibid.*, III, 92.

(6) *Ibid.*, VII, 66.

(7) *Ibid.*, III, 91.



otras comarcas, al O. del mar Caspio, y por esta mudanza singular, confirmarán la observación ya hecha del progreso sucesivo de estas tribus del Oriente al Occidente.

Si se reflexiona, no obstante, en las expediciones no interrumpidas de las poderosas naciones nómadas de la gran Tartaria, no se puede ya dudar que las hordas citadas en Herodoto no fuesen ramas desprendidas. Estas hordas, diseminadas al rededor del imperio de los persas, eran confundidas por este pueblo bajo el nombre general de sacas, tan vago entre ellos quizás como lo era entre los griegos el nombre de escitas, y como el de tártaros lo es entre nosotros.

«Los pueblos llamados escitas por los griegos, dice Herodoto (1), son llamados sacas por los persas.» Nosotros añadiremos que estos pueblos seguían á los persas en todas sus expediciones en calidad de mercenarios, y componían la mejor parte de los ejércitos del gran rey.

Además de estos datos generales, se encuentran también en Herodoto, detalles tan instructivos como interesantes sobre un pueblo acampado más allá del Jaxartes, y que llevaba el nombre de masagetas, contra el cual Ciro emprendió una expedición, en la cual sucumbió (2). «Algunos pretenden, dice Herodoto, que era este un pueblo guerrero, establecido al E. del río Araxes, y cerca de los isedones; otros afirman que habitaba en una inmensa llanura al E. del mar Caspio, y que pertenece á la raza escítica. Las costumbres y género de vida de los masagetas, se parecen, en efecto, á las de los escitas. Hacen la guerra lo mismo á pié que á caballo, y conocen igualmente bien estas dos maneras de combatir. Sirven lo mismo de arqueros que de lanceros, y están acostumbrados á manejar el hacha. Tienen lanzas y báculos de cobre, con cascos y cinturones adornados de oro. El jaez de sus caballos es también de cobre; pero el bocado del freno es de oro, así como los adornos de la brida. No conocen el hierro ni la plata, de los cuales carece

(1) Herodoto, VII, 64.

(2) *Ibid.*, I, 201, 204, 215, 216.

totalmente su país, mientras que el oro y el cobre abundan mucho.»

Estas determinaciones geográficas del autor, son tan exactas, que no pueden equivocarse. El Araxes de que habla aquí, no puede ser más que el Jaxartes, puesto que se trata de un gran río al E. del mar Caspio. Esta designación, es verdad, conviene igualmente al Oxus; pero el nombre de Araxes puede tanto ménos ser aplicado á este último río, cuanto que Herodoto le da el de Aces, y por cuanto además corre en la Bucaria; porque no era en esta comarca donde estaban los masagetas, sino tal vez más al E. ó N., y cerca de los isedones; á lo cual es necesario añadir que no se dice fuesen tributarios de los persas, ó soldados mercenarios de sus ejércitos, como lo eran todas las demás naciones de la gran Bucaria; que el oro y el cobre, tan comunes en su país, se encontraban, no en la gran Bucaria, sino en las montañas del Altai; y que la inmensa llanura al Oriente del mar Caspio, es ese terreno de estepas que abraza hoy la Songaria y la Mongolia, toca á la frontera de Eygur, y se extiende hasta la cadena del Altai.

Parece, pues, que los masagetas eran vecinos de los isedones, y que estos dos pueblos tenían un origen común, puesto que el uno y el otro, así como los argipeos, pertenecían á la tribu mongola. Por ellos es por quien nuestro historiador termina su revista, y á su país es á quien se refieren sus conocimientos geográficos; porque no se ve que conociese el nombre de los seras, que vinieron después á ser tan célebres en nuestro Occidente, y que no eran, sin embargo, como lo hemos probado ya, más que una rama de los isedones. Podríamos consultar, en su defecto, á los analistas chinos, que toman el hilo de su narración en el lugar donde él le ha dejado; pero nos limitaremos á hacer notar aquí, según lo que ellos refieren (1) de los hongnu (que según todas las apariencias, fueron los antepasados de los hunnos), que este pueblo era vecino, al Oriente, de los isedones y de los masagetas, de los cuales quizá for-

(1) De Guignes, *Historia de los Hunnos*, II, página 13, etc.



maba parte. Después de la magnífica relación de Herodoto, réstanos describir brevemente las primeras tradiciones de esta región del Asia, tan ignorada en las modernas historias, donde apenas puede separarse lo fabuloso de lo real é histórico.

Traspuesto el monte Cáucaso (Kókaf), detrás de esta muralla natural que separa la Europa del Asia, y cuyas cimas dominan los valles armenios; detrás de aquellas fortificaciones ya ruinosas, famosos recuerdos de la gigantesca muralla, cuya credulidad popular la caracteriza de cresta intransitable del *Elbroz* y del monte Prometeo (Mqinwari); en los valles y llanuras, habitan los temibles descendientes de Gog y de Magog, á quienes el profeta del *Koran* presenta como preparándose para desolar la tierra cuando llegue el fin del mundo. La barrera no los ha contenido, y muchas veces el Asia les ha visto franquear las puertas de *Derbent* y del *Terek*, y precipitarse sobre sus campos.

Estos crueles aventureros, los *Yadjoudes* y los *Madjoudges*, los *schytes*, los *mæotes* de los griegos, son, al decir de los historiadores orientales, terribles gigantes, armados de uñas y dientes cortantes; habitan las guaridas de la montaña Pelada ó del monte de los Ladrones. Horrorosas tinieblas ocultan su morada, pues sirven también de asilo á los *Dives* malhechores; es también el lugar del suplicio de Fromtheut, *Prometeo*, que arrebató el fuego del cielo para dar animación á las estatuas de arcilla; es el trono del Djinpadschah, del príncipe de los demonios.

Y en realidad, esta comarca se presta maravillosamente, por su aspecto imponente y salvaje, á todas las escenas de terror. Hay en el espectáculo de aquellas negras cimas, malamente iluminadas por los resplandores del sol que declina, cuadros fantásticos; los pinos, los abedules, los enebros, las encinas que proyectan sombras sobre las rocas, dejan escapar con el viento de la tarde extraños sacudimientos; los torrentes brotan de aquellas elevadas crestas con un ruido que espanta á la imaginación.

Perdido en medio de aquella naturaleza bruta, el hombre siente vacilar las fuerzas de su razón, un vértigo se apodera de él, y en su es-

panto, cree asistir á los misterios del mundo invisible. Oye los gritos de los espíritus malhechores; al primer aullido del chacal pasan y vuelven á pasar á su presencia los fantasmas gigantes que sacuden al aire su blanca cabellera. Con frecuencia, y en la hora solemne en que la radiante luna refleja sus más azulados rayos sobre los nevados picos, el hijo del desierto cree ver á los rapaces demonios llevar en su rápida carrera la jóven de largos vestidos de lino, víctima ofrecida á sus infernales sacrificios.

Grande ha sido la supersticiosa credulidad de los hijos de Magog; y sus tradiciones locales ofrecen la mezcla de las de todos los pueblos vecinos, que su predispuesto espíritu para lo maravilloso no ha dejado de aceptar y embellecer, y que á su vez llevaban las errantes hordas y la activa población que los griegos comprendían bajo la denominación de *escitas*.

En las inmensas llanuras situadas al N. y E. del Cáucaso, iban y volvían numerosas y desconocidas tribus, cuyas aventuras y orígenes son casi totalmente ignorados. Hay una completa confusión en las relaciones; es un caos de narraciones contradictorias y de fabulosas invenciones, que no sirven más que para fatigar y perder la vista. Las poblaciones han rechazado á otras poblaciones. Han pasado sucesivamente, unas sobre sus yeguas, *cuya leche les servía de alimento, hipomolgos*; otras sobre sus *carros*, como los *nogais* de nuestros días, *hamaxovianos*; otras sobre dromedarios, *aorses*, silenciosos y rápidos *corredores* de las llanuras; y por último, otras *bajo sus tiendas, escenitas*, como los beduinos de la Arabia.

Pero de todos estos *escitas* ó *sármatas* no han quedado más señales que sus nombres; apenas la colonia aventurera de los *kimri* (cimérianos), que traspone el Cáucaso para ir á buscar en el Norte una patria ménos ingrata y llevar sus rebaños sobre las riberas del mar Negro, á aquellos abundantes pastos; apenas esta tribu, famosa en lo sucesivo, merecerá nuestra atención en aquellas remotas edades.

A través de esta oscuridad, aún va á brillar la ilustre nación de las *Amazonas* con las imponentes y extrañas relaciones que confirman



su existencia. Sin adoptar sobre ellos la creencia del respetable Herodoto; sin admitir, fundados en su palabra, esta constitucion republicana y este imperio de mujeres, del que están excluidos los hombres, mutilándolos, resultado de sus guerreras costumbres (1); no podremos, sin embargo, dejar de reconocer en ellas los restos de una tribu de escitas belicosos, emigrados del país de los maïotas. Trasponiendo el Cáucaso, fueron estos escitas á establecerse en las llanuras de *Thémiscire*, y sucumbieron despues á los esfuerzos de las poblaciones vecinas. Sus mujeres, dignas antecesoras de las mujeres cimbricas de Mário, sabian manejar el hacha y la lanza, y debian, segun Estrabon, dar muerte á un enemigo antes de casarse; se aliaban á los extranjeros, y sostenidas por sus esclavos, supieron vengar la muerte de sus maridos, rechazar las tribus limitrofes y mantener su independencia. La reina Marpesia se lanzó hasta el Cáucaso, y las fortificaciones que allí erigió, legando su nombre á la posteridad, la han merecido, como tambien á sus compañeras, todos los recuerdos que debian crear las romancescas imaginaciones de los montañeses de la comarca (2).

Hé aquí lo que dicen las tradiciones confusas de aquel país de los tiempos primitivos, reproducidas por los historiadores de la Grecia ó del Oriente.

Si tratamos de investigar algunos datos menos dudosos; si queremos conocer los padres de estas razas numerosas, á quienes la Grecia llamó con los nombres indeterminados de escitas (arqueros), ó con el de *sholotes* (caballeros), nos veremos obligados á confesar los escasos resultados de nuestras investigaciones, y á decir con el moderno y sábio analista de aquellos países: «Se llegaria más fácilmente á encontrar los granos de arena primitivos que se fueron de-

(1) Se quemaban su seno, para poder más fácilmente tirar el arco. (Herodoto. Cf. Virgilio.)

(2) Estos montañeses son los tauro-escitas de los griegos. Tair quiere decir montaña, alpes; *tiron*, en caldeo; *touré* y *toira*, en la antigua lengua de Asiria, significan montaña. (César Famin, el *Cáucaso*, en *El Universo pintoresco*.)

Añadamos que *tor* significa montaña en celta.

positando en las llanuras del Cáucaso por los vientos del desierto, que desembrollar el caos genealógico de sus antiguos habitantes (1).

Manifiestamente la raza primitiva de aquellas lejanas comarcas, es una raza jafética. Forma probablemente la vanguardia de los celtas, que se separaron originariamente de la raza de los aryás, y que despues de haber ocupado las provincias ribereñas del mar Caspio, se vieron más tarde obligados á ceder ante las numerosas oleadas de poblacion (2).

Quizás, como dice una tradicion georgiana, quizás estos pueblos descendan de *Caucas*, octavo hijo del patriarca *Thorgom*, á quien se complacen en atribuir su origen todas las tribus de aquel país. De este jefe de familia tomaria el nombre la cadena caucasiana, *el monte por excelencia*, *Kóhaf*, «el monte que con su inmensa circunferencia comprendia todo el mundo conocido.»

Sea de ello lo que quiera, al lado de estos escitas que describian los griegos, ó en medio de ellos, hay otra nacion, los *Magog* de la Escritura, los *Maïotas* de Estrabon, los *Galactofagos* de Homero, los *Masagetas* de Herodoto. A ellos es, sin duda, á quienes pertenece la colonia llevada sobre las riberas del *Thermoodon* por Ilinos y Scolopitus, y que dió origen á las célebres amazonas.

Pero ya los caucasicos habian recibido los golpes de maza del *Peishdad*, Houscheng, á quienes su memoria asustadiza representa montado sobre un caballo de doce piés, y que ha dejado un largo recuerdo en las montañas.

Por los años 1680 antes de Jesucristo, hubo como una reaccion entre los maïotas contra los

(1) César Famin, *loc. cit.* Hemos hecho mucho uso de esta excelente publicacion.

(2) Los aryo-celtas, dice M. A. Pictet en su obra ya citada sobre los *Origenes indo-europeos*, despues de haber recorrido el mar Caspio por el Sur, debieron hacer parada más ó ménos larga en la Iberia y Albania, países notables por su belleza y fertilidad, y que ofrecian todas las ventajas de un excelente establecimiento.

Más tarde, nuevos enjambres de pueblos afluyeron del Oriente septentrional y meridional á aquellas hermosas comarcas, y los llevaron en emigracion hasta el Occidente.



kimris. Estos habian lanzado de su presencia á los compañeros de Ilinos; los maïotas se arrojaron sobre los kimris, y los obligaron á reparar el Cáucaso; es decir, que fueron lanzados hácia el Asia. Esta presa que se les ofrecia á su vista, excitó bien pronto su codicia, y cuando el grande Sesostris se haya retirado, cuando el terror de su nombre haya desaparecido, y cuando la colonia egipcia, abandonada por el conquistador en las riberas del Ponto-Euxino, haya sido destruida ó sometida, entonces los bárbaros harán una expedicion á las comarcas que les presentan, y llevarán á lo lejos la desolacion y la guerra.

No contentos con devastar la tierra, los bandidos del desierto, los hijos malditos de la naturaleza, enemigos natos de los pueblos civilizados, armarán sus frágiles esquifes, y harán sus correrías por el mar, que el trémulo navegador llamará *Inhospitalario Avenos*. El escita saquea los navíos, y da muerte á los marineros. Pero oirá sobre todo con alegría feroz los silbi-

dos de la tempestad, y verá á los huracanes desencadenados, porque la tempestad es su triunfo y su placer. Merced á ella, es lanzado á la costa, y allí se apodera por derecho de conquista de las mercancías que ha de repartir entre sus huestes, y de los hombres que han de ser sacrificados sobre los altares de sus monstruosas divinidades.

Salvaje y cruel, salteador sobre todo; tal era el escita de los antiguos tiempos, tal es el caucasicano de nuestros dias.

A estos rasgos, cortos é inciertos, se reducen las tradiciones históricas de aquellas vastas comarcas. No hemos debido, sin embargo, pasarlos en silencio, pues que estas hordas se han precipitado varias veces sobre el Asia. Y por otra parte, es indudable que en medio de ellas, en las llanuras inmensas que recorrian, es donde se habian reunido las grandes naciones, y entre todas, los antiguos conquistadores de la Europa.